

## JESÚS ORANTE (FRANZ JALICS)

En el Evangelio, Jesús aparece orando en incontables ocasiones:

«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar...”» (Lc. 11,1).

«Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar» (Mc. 1,35).

«Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar desierto» (Lc. 4,42)

«Se hablaba de él cada vez más, y acudía mucha gente a oírlo y a que los curara de sus enfermedades. Él, por su parte, solía retirarse a un despoblado y se entregaba a la oración» (Lc. 5,15-16).

«Una vez que Jesús estaba orando solo, lo acompañaban sus discípulos» (Lc. 9,18).

«Unos ocho días después de estas palabras, tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar» (Lc. 9,28).

«Jesús, sabiendo que iban a llevarse lo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo» (Jn. 6,15).

«En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra...”» (Lc. 10,21; Mt. 11,25).

Supongo que Jesús, en la oración, no utilizaba con su Padre ninguna palabra, puesto que no las necesitaba para entrar en comunión con Él. Su relación era la unidad con Él. Sólo tenía que permanecer en su presencia. Podríamos decir que si Jesús rezó con palabras alguna vez, fue más que nada en atención a los hombres.

Tras esta selección de textos, constatamos que Él ha invitado a imitarle también en esta vida de oración. Esto se acentúa en los Evangelios con el mismo énfasis que la llamada a anunciar el Reino. La novedad radica en que esta invitación no nos saca fuera, sino que exige que volvamos a nuestro interior. Esta llamada a lo interior aparece inequívocamente en los pasajes en los que Jesús nos pide permanecer sin preocupaciones. Y es que con pensamientos, ocupaciones, aversiones y afectos, estamos necesariamente orientados hacia fuera y atados a esas preocupaciones. Sólo en la contemplación, la escucha y el asombro podemos permanecer libres de toda preocupación. Esta es la verdadera exigencia del sermón de la montaña.

Esta nueva llamada a la interioridad no atenúa, sin embargo, la misión de anunciar el reino. Todo lo contrario: es lo que da al anuncio su verdadera fuerza y hondura. Si queremos desplazar real y totalmente nuestros tesoros al Reino de los cielos, hemos de abandonar este mundo activo por un breve lapso de tiempo. Primeramente se trata de un breve lapso de tiempo: tal vez media hora al día, o una. Pero durante esa media hora hemos de aprender a perseverar, con atención bien alerta, sin

actividad, sin pensamientos, sin aversiones o afectos hacia personas o cosas, totalmente en la contemplación de nuestro tesoro en el cielo.

Estamos ante una nueva dimensión del seguimiento. Esta dimensión nos llama a seguir a Jesucristo contemplando en silencio, sin palabras ni pensamientos, al Padre. Esta vocación no exige de nosotros algo que debamos realizar en concreto, sino que nos conduce a omitir todo lo que impide la gran gracia de la unificación.

#### PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Reseña tres o cuatro momentos de tu historia como orante o como meditador.

¿Cuántas palabras hay todavía en tu meditación?

¿Qué significa para ti imitar a Jesús en su vida de oración?

¿Ves el vínculo entre meditación y testimonio o anuncio de la Buena Noticia?

¿Eres consciente de que cuando meditas "abandonas el mundo" durante unos minutos?